

El Cultural - El Mundo, 15 de noviembre de 1998

EXQUISITO DONALD JUDD

Galería Javier López. Manuel González Longoria, 7. Madrid.
Hasta mediados de diciembre. De 4.900.000 a 7.700.000 pesetas.

Las piezas de esta exposición se prestan a varios equívocos. El norteamericano Donald Judd (1928-1994) es un clásico del "minimal art" o minimalismo, tendencia que ha determinado, más que ninguna otra, la renovación de la escultura en las últimas décadas. Pero las obras de Judd no surgieron propiamente como esculturas; él las llamaba "specific objects", objetos específicos, para situarlas al margen de las artes tradicionales en Occidente. En realidad, a lo que más se parecen las piezas de esta exposición es a pequeños armarios o anaqueles.

El crítico Lawrence Alloway observó una vez que si los escultores del siglo XX se aferraban (más aún que los pintores) al recuerdo de la figura humana era por temor a que sus creaciones se confundieran con muebles. Judd tuvo el valor de afrontar y explotar ese riesgo; él

mismo era, como se sabe, un apasionado del mobiliario moderno y constructor de sillas y mesas en la línea de Gerrit Rietveld.

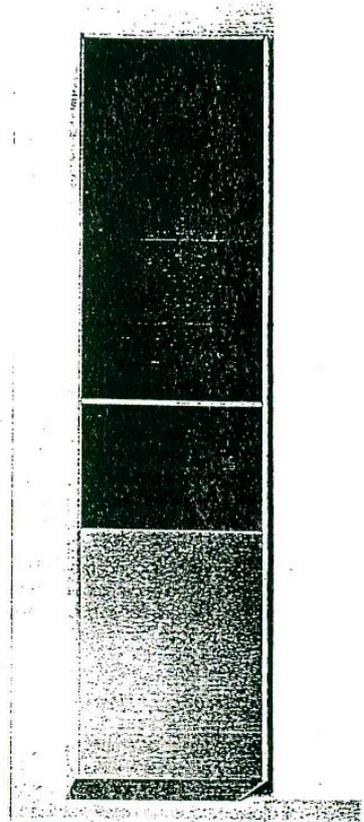
Otro equívoco deriva del carácter geométrico de las piezas, que pueden sugerir un parentesco con ciertos artistas abstractos europeos del período de entreguerras; nada más lejos, en realidad, de las intenciones de Judd. Un Mondrian, por ejemplo, solía probar diversas composiciones de las líneas y colores hasta alcanzar en el cuadro el equilibrio, la armonía visual.

Los objetos de Judd, en cambio, se basan en fórmulas "a priori" —progresiones matemáticas, series de combinaciones y permutaciones—, y en sus cajas, lo invisible o apenas visible (las subdivisiones interiores) cuenta tanto como lo que se ve. Esta exposición constituye una mínima pero brillante antología del úl-

timo trayecto del artista (cuatro de las seis piezas que se exponen datan del período 1990-1992, poco antes de su muerte).

Si hay un Judd de cierto encanto pop que se complace en multiplicar las formas y los colores, aquí se presenta con tonos sobrios y con despojamiento esencial. El impecable acabado industrial de los materiales (aluminio anodizado, contrachapado, plexiglás...) pretende, como es habitual en los minimalistas, ahuyentar todo ilusionismo, toda ambigüedad. Pero el equívoco siempre regresa: en la mejor de las piezas de esta exposición, formada por cuatro cajas de acero cortén, la superficie oxidada del metal sugiere perversamente la textura y el color cálido de la madera.

G. SOLANA



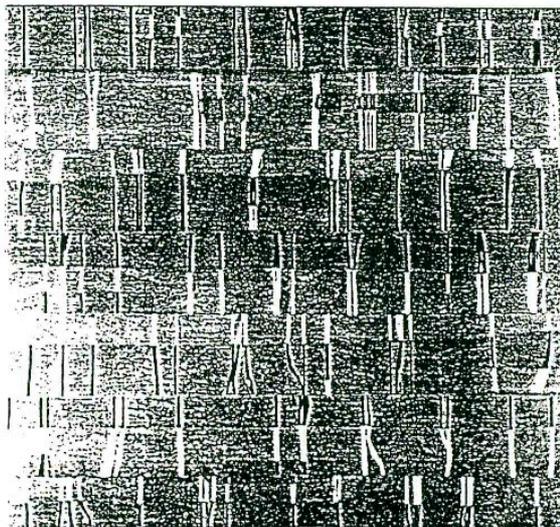
Sin título (1991). Aluminio anodizado y plexiglás

JUAN SOTOMAYOR, CAE LA LLUVIA

Galería 57. Columela, 3. Madrid. Hasta finales de diciembre
De 150.000 a 850.000 pesetas.

Once piezas realizadas a lo largo de 1998 configuran la muestra de Juan Sotomayor (Villanueva del Arzobispo, Jaén, 1959) a quien ya glosé en 1989 como participante en una colectiva de jóvenes creadores. Este pintor andaluz que ha vivido durante la última década en Zaragoza, alterna ahora esa residencia con sus estancias en Madrid, lo que le permite la irradiación cultural y el compromiso estético de dos lugares tan diferenciados en los últimos años.

Tanto en las obras de grandes dimensiones como en las de pequeño formato, Juan Sotomayor no se aparta de la dicción global que sustenta su modo de expresión, vinculado desde hace tiempo a la abstracción geométrica, porque parece dispuesto a compartir la platónica opinión, colocada en el frontispicio de la Academia de Atenas que debía vedarle la entrada al Jardín de



Sin título. Acrílico sobre lienzo, de 1998

Academos al creador plástico que no supiese geometría. Cuatro de las pinturas vistas no llevan título. Los fondos de cada una son monocromos: azules, grises y negros, y están surcadas por líneas verticales bicolors (biancas y azules y blanquirojas), monocolors, oro y negro. Las tramas verticales limitan los cuadrados en los que está dividido el soporte, que normalmente refulge en una irisación plástica que, sin concesiones figurativas, también podría entenderse como proyecciones paisajísticas.

El aspecto formal, que no le pone puertas a la imaginación, rememora, en su hermenéutica ambivalente, tanto a la lluvia en su caída como a los palotes con los que se expresan los escolares, reforzada la lírica con la dialéctica de los elementos geométricos más sencillos.

Carlos GARCÍA-OSUNA